

«MANUELA RUIZ.-POMPAS FUNEBRES»

ANTES de salir, ya en el umbral del portón, tía Andrea da a las criadas su grito y consejo de que cierren las llaves del gas. Este invierno se asfixió un niño en la calle del Rey; cuando sus padres, sanos y venturosos seguramente, volvieron del teatro lo hallaron cárdeno, crispadito sobre el frío de las sábanas. La madre se suicidó rajándose las venas.

—Erizada se me pone la piel sólo de recordarlo.

Y aprieta la mano de la sobrinita hasta dañarla, porque ya se la imagina retorcida y morada por el terror del ahogo, y la llave del gas abierta. La viudez sin hijos de tía Andrea reclamó siempre la limosna de los sobrinos a su vera, prestándole un calor apócrifo que terminaba por helarse en la añoranza del verdadero hogar paterno.

Se alejan las dos, bajo las luces falsas de los escaparates que anticipan la noche; escaparates fugaces de las floristas, como altares de mayo; de las confiterías, mostrando su frágil arquitectura barroca de hojaldres, chocolates y cremas; de las tiendas de modas, con sus grandes sombreros con pájaros y frutos, su modistería de talle de avispa y polisón, sus vitrinas de perfumes o joyas dormidas en el césped de terciopelo de los estuches. Suprema y celestinesca sabiduría la de estos comerciantes, poseedores de la llama que enciende el deseo de la mujer de la ciudad. Tía Andrea, tan moderada y austera siempre, no puede a veces resistir la seducción de los escaparates de la calle Mayor. Hasta la vida recatada y honesta de la ciudad arriba la perdición del mundo, aires cortesanos de tentación en la que por todos los medios se busca complacidamente caer.



Manuela Ruiz esperà a tía Andrea detrás de sus cristales que dicen en oro de caligrafía inglesa su nombre, y en letra más menuda Pompas Fúnebres. Ahora la ve llegar con la sobrinita, y les sonríe a través de sus vidrios de hornacina de santa.

—¿No sabes, Andrea, que vino Javierín?

De negociar con encargos de muerte, al sonreír enseña Manuela unos dientes que siendo enteros y perfectos recuerdan osamenta de difunto. También evoca bondad y pulcritud monjiles, las cuales se desvanecen si alguna vez levanta la mano con ignorada coquetería suavemente maligna, sujetándose una peinecilla del moño o fijando una ondulación de su cabellera limpia, maciza y azafranada por la tintura de las canas.

—Tengo frío, tía Andrea.

No atienden a la niña. Hablan de Javierín, el sobrino de Manuela. Ya tiene quince años y cursa estudios eclesiásticos en el seminario de Madrid. Sólo pasará aquí los primeros días de la Navidad, que para Año Nuevo y Reyes reclaman sus padres su presencia.

—Tal vez nos lo encontremos por la calle. Salió con el chico de las de Tejada a hacer una visita al Santísimo... ¿Qué dice su sobrinita, qué dice?

¿Frío? Pues si tiene frío puede quedarse aquí con la Nina. Ellas tardarán en la delicia de sus compras. Acaso no comprenden nada, pero ¿quién se niega a la felicidad de una revisión de las tiendas de lujo en vísperas de Navidad, con el fausto de sus escaparates, de sus lámparas, como de foyer de ópera, encendidas?

Al quedarse solas, la Nina le promete enseñarle flores de tela, cintas con letras doradas, angelitos de cartón. También verá los pensamientos, guardados en sus cajas redondas: parecen mariposas gigantes.

Nina lo sabe todo y es poco mayor que ella.

—A tu edad ya estaba yo cansada de servir, hija.

Esto enternece a la niña. ¿Qué haría Nina a esa edad en casa de Manuela? ¿Fregar los suelos? No, no friega los suelos, no friega nada. Y a la Nina le bailan las pecas en la piel al torcer su mueca despectiva. ¿Quién espolvoreó con motas de canela, como una confitura, el rostro endiablado de la Nina? Su labor atañe sólo a los cuidados de la tienda; limpia el polvo de los ataúdes, pega una cinta a las coronas de flores artificiales, cose algún paño de filos de oro, como de manto de Soledad... A menudo acude a la casa del difunto preguntando un dato olvidado, portando la mesita de las firmas o unas esquelas. Ha visto muchos cadá-



veres, arropados dentro de su mortaja reciente los ojos inmóviles con un telo de vidrio de imagen y los dedos de las manos trenzados y rígidos, de madera. Un día la hija de un muerto se le irritó, empujándola por una baranda de hierro pintado, negro, torcido, hierro de cementerio. Hay escaleras familiares por donde suben y bajan los niños, sanos y rosados, merendando fruta; sin embargo son escaleras trastrocadas que piden frios de panteón y cuyos peldaños esperan pisadas de entierro.

—¿Puedo saber qué demonios hacéis, Nina?

Desde el comedor les llega la vocecita de la madre de Manuela, postrada en su lecho ambulante, de ruedas de goma, de enfermedad incurable.

La madre de Manuela fué de nardos y nácares, esbeltísima, bondadosa y sobre todo decidora, con un resplandor de dulzura y gracia en su plástica. Cada vocablo suyo se estampaba, litografiándose a todo color, en el aire. Era una de esas mujeres un poco alquimistas de las palabras que siendo viejecitas y gastadas las transmutan en oro fino de conversación. Ya viuda, con las dos niñas frágiles de salud y de años, le vino a ella la dolencia de la columna vertebral. Se tendió. Y ya no dijo nada. Fueron los días negros que pudieron dar traste a la pequeña hacienda del esposo. Ahora, en su lecho portátil y desde el comedor, inmediato a la tienda, observa al cliente que viene con su encargo de ataúd. Casi siempre es un pariente del difunto, con su mueca de pena falsa que él cree auténtica, pero falsa y bien falsa que es. ¿Qué no conocerá ella en estas lides y gerencias con la muerte? Atardecido reza un rosario, al que añade el obligado estrambote de un padrenuestro por petición de amparo a la hija que está en Madrid, Clarita. Clarita es la madre de Javierín. Casó con un abogado. Lo conoció aquí, en uno de los festejos de la ciudad. Clarita y Manuela tripulaban una carroza del Coso blanco, un hermoso jarrón de Sévres, de flores de papel. Amor clavó su dardo ardiente en aquel forastero del jipijapa y todos creyeron en un principio que la cortejada era Manuela, quizá porque el pretendiente se valiera de su dulcedumbre y blandura para acercarse al corazón inasequible de Clarita. Después de la boda la funeraria pasó a nombre de Manuela. Hay una dolorosa intuición de las madres que presagian la soltería perpetua de las hijas. Sin embargo fué por entonces la ronda de un fabricante de embutidos de Murcia, con su leontina de oro y su buen cigarro puro, dignamente rechazado por Manuela. Es que temió oler a grasas. Y se quedó para siempre oliendo a paño de difunto, a soledad.



—...qué diablos hacéis, Nina?

—Pero si no es nada, señora. La sobrinita de doña Andrea y yo, que hablamos.

—No es nada, no es nada. Nunca pasa nada... «Dios te salve, Maria, Hija de Dios Padre...».

Y después:

—Por mi Clarita: «Padrenuestro que estás en los cielos...».

Y se duerme.

La luz de un quinqué de tulipa rosa envuelve la tienda en una tonalidad blanda, carnal, que resbala por los cristales de los grandes armarios guardadores de ataúdes. La Nina saca el muestrario de recordatorios de difuntos, que tanto divierte a la sobrinita de doña Andrea.

—Sí que te gustan los santos, hija mía.

También hay angelitos pintados de blanco, para los costados de los ataúdes de niño. La Nina bajaría su cajón de la estantería, pero se oye la zarabanda de las ratas que acaso estén royéndoles las alitas de gloria y albayalde. Su hermana, la que sirve en la tercena, tiene en la nuca una gran cicatriz rosada. Es de una rata careta, cuando niña. Le atajaron el manar de la sangre con pimienta molida.

Verá los pensamientos, grandes, de raso morado; un amarillo intenso le sube del cáliz, y se va diluyendo, mezclándose con el violeta, de Nazareno de aldea, de las orillas de los pétados rizados. Asusta imaginar un prado florecido de estos pensamientos de funeraria, un prado donde sólo pastaría la momia de un cordero, con su blanca armadura de huesos y su esquila atada a la garganta sin balido.

Otras cosas le enseñará en el cuarto contiguo, un almacén con frialdad de sótano de cárcel. A la pared se adosan anaqueles, estantes, vitrinas con gualdrapas de brocados, penachos de plumas de las caballerías, paños de túmulo, hileras de tulipas, un par de floreros azules, con polvo, mazos de velas...

—¿Ves esa pilada de ataúdes de niño? Todos tienen la carcoma que los deshace. No sirven y los quemarán. Si atiendes oirás el ruido.

Es verdad, crepita el corcón muy hondo, en la noche de su molienda fúnebre. ¿Y si todos esos ataúdes tuvieran su muerto dentro? Se oye la niña su propio ruido del corazón, el martillar de las sienes que le arden de fríos. No quiere ver más, sino salir, salir a la noche grande y limpia de las estrellas. Pero no dice nada, y le va penetrando en su vida, como la hoja helada de un puñal, la palabra de la Nina que ahora le cuenta



cosas horrendas; niñas amortajadas con sus galas de primera comunión, apariciones de ánimas, el caso de un niño enterrado vivo: se despertó palpando lo negro de una noche sin aire, una noche de paredes de maderas, de tierras húmedas, en putrefacción, con su germen de gusano blando y destructor que habría de devorarlo. A los tres años por nuevo enterramiento familiar, lo descubrieron boca abajo, en la grotesca contorsión del último espasmo.

¿Pero es que se asusta? Ahora, ahora es cuando se asustará de veras. Y la Nina le cala, súbita, ululando, haciendo broma macabra, una corona de plumajes niveos, de entierro de doncella, como un collar de muerte. Una araña viscosa, gorda, comienza a bullirle, entre los labios. La niña da su grito de espanto, su llamada de salvación, volviéndose hacia la salida, y se le vuelca una dentadura de muerta. Es la sonrisa de Manuela. Detrás viene tía Andrea, refrenando la reprimenda.

—¡Condenación de sobrinos! ¿Qué es lo que haces con ese demonio de corona?

Cuando descubren su fiebre, tía Andrea se despide precipitadamente, en un revuelo de chales y de besos, rogando expresiones para Javierín.

—Adiós, Manuela, hija.

—Pero si estará al venir...

No se esperan. Tía Andrea barrunta enfermedad de la sobrinita. Nunca se verá en paz y gracia de Dios.

Manuela las despide en la puerta.

—No, no salgas, que hace frío.

Luego dice adiós a la Nina y se queda sola detrás de su nombre escrito en oro en los cristales de la entrada, esperando a Javierín. Silencio. Comienzan a dar las nueve en la catedral. Manuela apoya su frente en el cristal, como un hueso helado, y le penetra en su sangre un frío pequeño y duro. Se estremece. Luego sonríe amargamente. Porque le viene la sinrazón de pensar que no es a su Javierín sino a un buen marido, con su leontina de oro, su habano y su fábrica de embutidos, a quien debiera estar aguardando.

